

La universidad de la modernidad

José Velasco Toro*



Si el escolasticismo que dominó la enseñanza universitaria hasta el siglo XV veía a la naturaleza como "sierva de Dios", el pensamiento científico moderno que emergió con Nicolás Copérnico, René Descartes, Johannes Kepler, Galileo Galilei e Isaac Newton, cambió la visión del mundo y de la vida. La naturaleza ahora se concebirá como una máquina de la que se puede extraer sus secretos. Para la nueva razón todo es causa y efecto; linealidad causal que se trasladó a la percepción humana al separar mente y cuerpo, sustancia pensante (*res cogitans*) y sustancia extensa (*res extensa*), modificando el paradigma de conocimiento que será base de la segunda cultura que alcanzó su clímax en el siglo XX.

La estructura cognitiva de la Universidad fue reorientada ahora, hacia el descubrimiento y la enseñanza de la certeza científica absoluta. Principio que tiene su fundamento en el método analítico de razonamiento y en la

descripción matemática de la naturaleza. Sin embargo, a diferencia de la anterior visión en la que predominaba una concepción orgánica del mundo, el nuevo paradigma secularizó la naturaleza y secularizó la sociedad al colocar el espíritu en un nicho y a la razón en el altar de la ciencia. Fragmentó, en síntesis, la totalidad para conocer en sus partes la actividad de la naturaleza. Racionalismo causal que emergió de la convicción de que todo fenómeno complejo debe ser separado para estudiar los componentes constitutivos y, así, entender y explicar su funcionamiento y las leyes que lo rigen. Ciencia y técnica se convirtieron en los nuevos pilares del conocimiento. Su misión: desentrañar lo oculto de la naturaleza para conocerla y dominarla, concepción que por separado también incluyó a la sociedad humana creándose, en el sistema universitario, la división entre ciencias de la naturaleza y ciencias del hombre, ciencias



fundamentales y humanidades que caracterizan a la segunda cultura universitaria

A principios del siglo XIX, la universidad ya se perfilaba hacia la universidad enseñanza que descansaría en la función docente, modelo que surgió en el arco relacional de la Universidad no confesional de Oxford y Dublín a mediados del siglo XIX, visión a la que contribuyó poderosamente el cardenal inglés John Henry Newman (1801-1890). En un célebre discurso pronunciado en 1857 en Dublín, Newman se refirió a la Universidad como "un lugar para enseñar conocimiento universal". Esto implica que su objeto es, de una parte, intelectual, no moral; y, de otra parte, que es la difusión y extensión del conocimiento antes que su avance. Si su objeto fuera la investigación científica o filosófica, no puedo ver por qué la Universidad debe tener estudiantes; si es la formación religiosa, no veo cómo pueda ser la sede de la literatura y de las ciencias.

En esta perspectiva el sistema universitario transitó rápidamente hacia la separación de la enseñanza y práctica de la ciencia, la tecnología y las humanidades, constituyendo la base de su expansión cualificada y de diferenciación profesional que caracterizó al siglo XX. Giro que, por otra parte, deviene de la visión atomista de la sociedad, arraigada en los cuatro fundamentos del liberalismo: individualismo, derecho a la propiedad, mercado libre y gobierno representativo, visión que subsumió a la Universidad y a las profesiones de sus graduados en las necesidades del mercado y del Estado.

Hoy, en pleno siglo XXI, el sistema universitario continúa anclado al paradigma de la enseñanza especializada, paradigma que consolidó la cultura científica en divergencia con la humanística. Dos culturas que, más que acercarse, se alejaron y se vieron con suspicacia. La científica tendió a cerrarse en la especialización y en su lenguaje poco o nada comprensible para el que no lo comparte; la cultura de las humanidades se alejó de la reflexión del pensamiento científico e impidió integrarlo en su propio esclarecimiento del conocimiento humano y social.

Al generalizarse la divergencia se acentuó el modo de pensar unilateral: los espíritus pequeños de la masa formada en la cultura científica, ven a la humanística con desdén y la consideran

tolerable por suponerla ornamental; de igual forma, las mentes estrechas del conglomerado humanístico han anatematizado a la ciencia acusándola de abstracta y amenazadora de la vida y la paz. Problema que Heidegger resaltó en una conferencia dictada en 1953 en la Universidad Técnica de Munich, con el título: "La pregunta por la técnica". Lo mismo que haría C. P. Snow en 1957, también en su conferencia: "Las dos culturas y la revolución científica". Ambos advirtieron de las consecuencias nocivas que ya se percibían como resultado de los recelos entre ciencia y humanidades, así como de la soberbia aplicación tecnológica para el supuesto alivio del mundo.

Pero la realidad es que la cultura científica y la humanística no son abstracciones aisladas y estáticas. Ambas son producto de la estructura del cosmos, del espíritu humano y de las condiciones sociales y culturales del conocimiento. Su dinámica es la de la incertidumbre y la emergencia, es decir, del complejo proceso de organización-reorganización de la vida. No por ello es gratuito que también en el siglo XIX, así como se exaltó la visión de la separación sujeto-objeto como principio del conocimiento científico, también se empezó a percibir la realidad, resalta el físico Jorge Wagensberg, como el roce entre la incertidumbre resuelta y la incertidumbre por resolver, un roce entre lo percibido por primera vez y lo percibido por segunda vez, un roce entre lo comprendido y lo que se pretende comprender, entre lo ocurrido y lo que aún ha de ocurrir, entre lo ocurrido aquí y lo ocurrido allí. Así, por ejemplo, la teoría de la electrodinámica puso en claro la interacción de campos eléctricos y magnéticos con cargas en movimiento, y ésta abrió brecha hacia la emergencia de la teoría de la electrodinámica cuántica, de la relatividad de Albert Einstein y al fructífero campo de la biología molecular. En ese momento se sentaron las bases de lo que poco a poco irá constituyendo la tercera cultura universitaria: la de una percepción compleja de la realidad como totalidad a partir de relaciones binarias múltiples, y ya no de la mera relación lineal y fragmentaria de la especialización.

* Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad del País Vasco. Investigador del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana.